

IVA PALACU

GALERIA  
DE  
INTEMPORANEC

PQ7151  
R5



1020028136

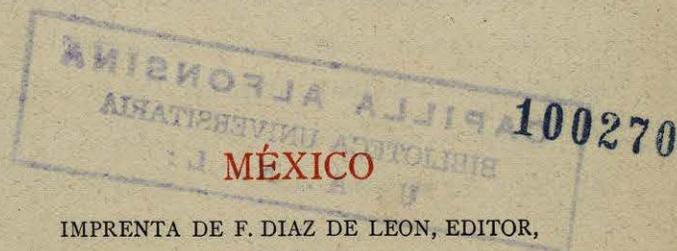
# LOS CEROS



GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS

POR CERO

*Riva Palacio, Vicente, 1832-1896*



IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON, EDITOR,

CALLE DE LERDO N° 3.

1882

31244



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

M. 860

PQ 7151

R5

LOS CERROS

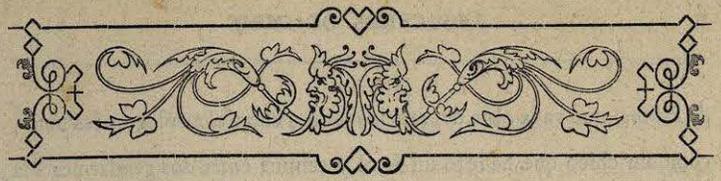


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

8881

11818



## PRÓLOGO

**C**ABALLERO andante sin amores—decía D. Quijote—es árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma.»

¿Qué diré yo en los tiempos que corren, de un libro que no tenga prólogo y advertencia del editor? Y eso á buen componer, porque algunas veces sucede como en la *Cármén* de Pedro Castera, que el autor del libro hace descolgarse sobre el público de buena fe, amén de un prólogo con pretensiones de filosófico, escrito por un amigo del autor, un aguacero de cartas que, como certificados de buena conducta, y corroborando aquello de *satisfacción no pedida, acusación manifiesta*, llegan, á la sombra de más ó ménos conocidas firmas, á referir en todos los tonos, en todos los estilos, y casi en todos los idiomas (porque hay algunas que parecen escritas en francés, y otras en inglés, y otras en italiano), que aquel libro es el mejor de los libros, aquel autor el mejor de los autores, y aquel público el mejor de los públicos.

Y nada voy á decir de nuevo (porque es seguro que muchos lo han de haber dicho ya) del prólogo de nuestro buen Vigil en su traducción

de *Pérsia*; que va la obra del satírico latino, entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes á la Comisaría.

Hasta el amable Luis G. Ortiz arrima su prologuito á su traducción de *Francesca de Rimini*.

Libros hay, como el de Coquelin sobre el crédito y los bancos, en que vale tanto la introducción como la obra; y el pensador Renan dispara introducciones que, sólo por ser tan buenas, no parecen tan largas.

Y á propósito de Renan, me ocurre aquí tomar su defensa aunque no tenga yo poder jurídico para ello. Un señor D. Armando Palacio Valdés, primer Secretario de la sección de Ciencias Morales y Políticas del ATENEON de Madrid, en un libro que se llama *Los Oradores del Ateneo*, se nos viene magistralmente diciendo: «Ernesto Renan ha convertido en sistema lo que no pasaba de vergonzante inclinación, pretendiendo sustituir á la aristocracia de la sangre, que ya no tiene ninguna significación positiva en nuestra época, otra más verdadera y respetable: la del talento.»

Sr. D. Armando: con toda la consideración que vd. me merece, me atrevería á preguntarle: ¿en dónde ha dicho Renan semejante cosa, ni de donde lo puede vd. haber inferido? Precisamente en la obra de Renan titulada: *Ensayos de Moral y de Crítica*, en el ensayo sobre M. de Lacy, dice expresamente: «la honradez es la verdadera aristocracia de nuestros días.»

La cita no puede ser más clara; pero además, en otra obra titulada: *Cuestiones contemporáneas*, en el estudio sobre *Filosofía de la Historia contemporánea*, tiene Renan un párrafo que no parece sino que lo escribió á propósito, para quitarse de encima el peso del falso testimonio que le ha levantado el señor Secretario de la sección de Ciencias Morales y Políticas del ATENEON de Madrid; dice así: «los liberales participan de

la idea, muy extendida entre nosotros, que los puestos son debidos al mérito, y que el hombre de talento tiene una especie de derecho natural para ser funcionario en su país: siendo así que el hombre de talento no tiene más que un derecho (derecho que es comun á todos), y es desarrollarse libremente; es decir, no encontrar en el Gobierno un rival celoso que le oprima ó que le haga una competencia desleal.»

Pero volvamos á lo del prólogo: yo tenía necesidad de escribir éste, ya que los artículos de *Cero* van á coleccionarse y á salir á la luz pública con toda la majestad de un libro.

Bueno sería también que el editor pusiera, como es usanza, una advertencia encomiando la obra y de paso al autor; pero es pensar en devaneos figurarse que este D. Francisco Diaz de Leon, notabilidad en honradez y en tipografía, se metiera, como decían nuestros antepasados, en la renta del excusado.

Y buena falta que le hace á este libro y á su autor la tal Advertencia: tentado me encuentro de suplantar ese trabajo y apoderarme del nombre del editor y fingir un articulito que vaya ántes que el prólogo: pero tropiezo con dos inconvenientes: que yo no conozco el estilo de Diaz Leon, y que, aun cuando lo conociese, buen cuidado tendría él de que dicha advertencia no se publicara.

Pero, ¡ah! . . . Si yo pudiera . . . Van á ver vdes. un rasgo de cómo escribiría yo esa advertencia; en pocos renglones se puede formar idea de lo que contendría toda ella, porque como dice un refran vulgar entre nosotros, «para muestra basta un boton,» y allá va eso; diría el editor:

«La obra que tengo la honra de presentar al público es quizá el más importante trabajo literario que en el idioma de Cervantes ha hecho «crujir las prensas desde la invención del arte tipográfico.

«El autor de esta obra (una de nuestras más brillantes glorias litera-

«rias) se oculta bajo el pseudónimo de *Cero*, más por modestia, virtud «propia de las altas personalidades, que por la maligna intencion de hacer «un carnaval literario.»

Y luego más adelante:

«Difícil cuanto dispendiosa ha sido para el editor de esta obra, la em- «presa de recoger los dispersos artículos de *Cero* impresos en el perió- «dico *La República*, porque el distinguido mérito literario de ellos, ha «sido causa de que se busquen y se guarden por todos los hombres de «buen gusto, como joyas exquisitas; que sólo á precio de ruegos, empe- «ños, disgustos y hasta grandes sacrificios en numerario ó en billetes al «portador, emitidos por algunos de los bancos de esta capital, se ha po- «dido obtener la coleccion.»

Con estas y otras ligeras alabanzas por el estilo, puede que ya hubiera yo quedado un poco tranquilo.

Y no digas, lector, que me ciegan la ambicion ó el amor propio, por- que yo no quiero más que lo que se le da á todo el mundo; y si no, si no es esto lo que se le da á todo el mundo, consiento, si digo una mentira. . . . ; en qué consentiré para castigarme? . . . ¡Vamos! Consiento en que Rodriguez y Cos ponga todo este tomo de *Ceros* en octa- vas reales y me regale un ejemplar, y me venga á preguntar todos los días adónde voy, qué he leído y qué opinion tengo. Consiento en estar en la Cámara de diputados durante una discusion en que tomen la pala- bra Justo Sierra, y Joaquin Alcalde, y Juan Mateos, y Sanchez Facio. Consiento, en fin, en que de una tirada me lea Malanco todo su infor- me sobre hospitales, ó Juan Peza la Constitucion de 57 en décimas.

Ves, lector, que no me paro en precio, y que despues de esto, nada tendria yo que envidiarles á aquellos Brahmas á quienes los poetas Val- miky y Kalidasa llaman ricos en tesoros de mortificacion y penitencia.

Pues digo que todo esto y más estoy dispuesto á sufrir si no es ver-

dad que hoy nuestros periódicos no hablan de un hombre público á quien no le llamen *eminente*; no hablan de un poeta á quien no le digan *inspirado*; y son así, todos los generales, *esforzados* y *valientes*; todos los magistrados, *integérrimos*; todos los publicistas, *sabios*; todos los diputa- dos, *patriotas* y *elocuentes*, que tambien el silencio tiene su elocuencia; todos los financieros, *bábiles*; todos los escritores, *chispeantes*, aunque no dicen si serán chispas de las que salen del hierro al majar, ó de las que, en el lenguaje del pueblo, salen de las *cantinas*, al tomar; y por úl- timo, toda institucion es *benéfica*, y toda medida *acertada*, y toda resolu- cion del Gobierno *salvadora*.

Pasemos á otro punto: lector, si yo te hubiera dicho mi nombre al escribir estos artículos, me hubieras calificado, no por ellos sino por mí, porque ya me conoces; pero como por fortuna yo tambien te conozco á tí, no te pongo quién soy, para que no te tomes el trabajo de hablar mal de mí y de mi libro; conténtate con murmurar de él, que yo hago contigo en esto lo que el torero en los lances supremos: deja la capa y se pone en salvo, y como de esta capa que te dejo tengo la seguridad que no es la del casto José, porque accion tan gloriosa no se cuenta en los anales de mi familia, ni de mí, ni de ninguno de mis ilustres ante- pasados, quedo tranquilo con la seguridad de que tal resolucion no me hará, como al hijo de Jacob, arrastrar el ridículo al través de treinta si- glos. En fin, para concluir, vóyete lector á poner este epigrama de Mar- cial:

*Seria quum possim, quod delectantia malim  
Scribere, tu causa es, lector amice. . . .*

que no te traduzco en verso porque no tengo humor de andar en busca de consonantes hoy que todo el mundo en México anda en busca de negocios con el Gobierno, de subvenciones para ferrocarriles, de conce- siones para establecer bancos, de intervenciones de vias férreas, de con-

tratos de colonización y de otras pequeñeces por el estilo que modestamente puedan dar una rentecilla de diez ó doce mil duros anuales; pero esos versos latinos dicen que dicen: «lector, si en lugar de ocuparme «en escribir como pudiera, alguna obra séria, prefiero estos asuntos de mera diversion, tú tienes la culpa.»

Concluyo el prólogo diciéndote, caro lector, con el famoso D. Francisco Manuel de Melo, en su *Guerra de Cataluña*:

«Yo te inculco mi juicio como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme; y si te obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparémos; ya me conocerás por la voz; yo á tí por la censura.»

CERO.

